



# Conferencia-coloquio La traducción de la literatura rusa

Ágata Orzeszek

Víctor Andresco

Ricardo San Vicente

## Agata Orzeszek

Traductora

En mi calidad de intrusa (con tan sólo un par de textos traducidos del ruso —me dedico sobre todo a traducir del polaco— no puedo compararme con mis compañeros de mesa), permítanme darles la más cordial bienvenida a esta conferencia coloquio que girará en torno a la traducción de la literatura rusa. Participan en ella —y es un inmenso placer presentarlos— Ricardo San Vicente y Víctor Andresco, traductores que han vertido al español (y Ricardo, también al catalán) numerosas obras de autores rusos, tanto clásicos como contemporáneos. Consciente de mi intrusismo, me limitaré a decir unas palabras a modo de introducción.

El anuncio, esta última primavera, del estreno de la versión cinematográfica de *Oneguín* suscitó un notable interés por parte de buena parte del público cinefilo por la obra en que se basa el argumento de la película. (Dicho sea de paso, no logró suscitarlo ninguna de las funciones del *Eugenio Oneguín* de Pushkin-Chaikovski, ópera que —aunque no muy frecuentemente— sí aparece en cartel de los teatros de ópera españoles.) Con la ocasión del mencionado estreno, creo que todos los que tenemos algo que ver con la rusística en España (y me consta que al menos a Ricardo San Vicente y a

otros colegas míos les ha pasado) fuimos interpelados (y a veces muy insistentemente) por las traducciones del original pushkiniano. Ya el generoso plural utilizado en las preguntas nos causó una sensación de impotencia (casi) enternecedora al tiempo que nos hacía sentir algo acoqueados, pues no pudimos nombrar más que una, la que su autor Alexis Markof publicó —para más inri— en 1948 y por lo tanto prácticamente inencontrable, y que, además, tampoco se ajusta a lo que hoy entendemos por la traducción: se trata de una versión prosificada. Ni que decir tiene que en vista del éxito, holgaban las peticiones de recomendación tipo "¿Cuál de las traducciones te parece la más fidedigna?"

Por fortuna, este estado de cosas cambió radicalmente en verano, con el anuncio de la publicación, por Cátedra, de la "Primera traducción poética en español de la novela en verso '*Eujjeuo Ouejjuin*', de Alexandr Pushkin" (aludo al subtítulo de la crítica que José María Guelbenzu publicó en *El País del 2* de septiembre). La traducción, que se debe a Mijaíl Chílikov, llena una laguna casi bicentenaria en lo que a la obra cumbre de la literatura rusa se refiere: ¡vivan los aniversarios!: en 1999 se celebraba el bi-



De izquierda a derecha, Ricardo San Vicente, Ágata Orzeszek y Víctor Andresco.

centenario de Pushkin. (A decir verdad, nos consta la existencia de una traducción poética anterior —salida de la pluma de José Bravo en 1979—, así como el título del volumen en que fue editada: *Las mejores novelas de la literatura universal*, pero ni siquiera disponiendo de estos datos se puede encontrar un solo ejemplar de la obra. Por lo tanto, como no existe para librerías y bibliotecas, tampoco existe para el lector. Y en este sentido, tiene razón Guelbenzu cuando afirma que la de Chlíkov es la primera traducción poética del *Eugenio Onejjuin* en español.)

El caso del *Eugenio Oneguin*, aunque el más flagrante (pues se trata, como queda dicho, nada menos que de la obra-estandarte, obra-emblema, obra cumbre de toda la historia de la literatura rusa), lamentablemente no es el único. Lo mismo podríamos decir de otra obra maes-

tra del Romanticismo ruso, el *Demonio* de Lérmonov: hasta la fecha sólo contamos con —volvemos a las andadas— una versión prosificada (de Romero de Tejada, 1959). Se oyen, sin embargo, voces amigas que nos susurran al oído que el mismo poeta que ha vertido *Oneguin* al castellano, Chlíkov, está a punto de acabar la traducción del *Demonio*. Tratándose del segundo poeta de "todas las Rusias" (en un *rankinjj*, si bien informal, de innegable aceptación entre los rusos; el tercer puesto lo ocupa Tiútchev, que tampoco es muy conocido por el público español: volvemos a topar con falta de traducciones) y habida cuenta de que el bicentenario de Lérmonov se celebrará en 2014, esta vez llegaremos a tiempo.

Y va que hablamos de *rankings*, permítanme contarles un par de anécdotas que me parecen muy significativas:

La primera tiene como escenario la Universidad Autónoma de Barcelona, y más concretamente, la primera clase de literatura rusa. Antes de empezar el curso, solía hacer una encuesta (ya la he dejado de hacer, pues siempre he recibido las mismas respuestas) con el fin de establecer el *ranking* de popularidad de escritores rusos entre los estudiantes. Invariablemente saltaban al primer término los nombres de Tolstói y de Dostoievski, y tras unos momentos de reflexión, el de Chéjov. Curioso desencuentro: en Rusia, como queda dicho, los dos primeros puestos están reservados desde hace siglo y medio a Pushkin y a Lérmontov.

De momento, no se pueden sacar más conclusiones que, tal vez, la obvia: que en España abundan traducciones de la prosa rusa al tiempo que escasean las de la poesía. El cuadro, sin embargo, quedaría incompleto si ahora no aludiésemos a otra encuesta, la que, a petición mía, durante un par de años propuso a sus alumnos una profesora de la Universidad Pedagógica de Moscú. La pregunta era: ¿Qué escritores (aquí venía la nacionalidad: alemanes, franceses, ingleses, españoles) conocen ustedes? Y las respuestas, desde nuestro punto de vista hispánico, fueron de lo más inesperadas, a saber: los poetas Goethe, Schiller y Heine encabezaban la lista de los alemanes (curiosamente, los prosistas ocupaban lugares más remotos en la lista: Tilo-man Mann, por ejemplo, iba detrás de Brecht) y no sin ir acompañados por el nombre de sus traductores: "El Goethe de Lérmontov", "el Schiller de Zhukovski", "el Heine de Fet", contestaban los estudiantes; entre los franceses salía al primer plano Baudelaire y sólo después de él aparecían Balzac y Zola; en lo referente a los ingleses —yo daba por seguro que Shakespeare, pero no— la palma se la llevó Byron (el Byron de Zhukovski, el de Lérmontov, el de Pushkin, añadían —como de costumbre— los alumnos);

Shakespeare ocupó un honroso segundo lugar, con una clara preferencia por el de Pasternak; y, finalmente, entre los españoles —¡sorpresa!—: Cervantes (primer puesto para un autor de prosa), seguido, eso sí, por los poetas Lorca y Lope de Vega (en este orden).

¿Qué se desprende de los resultados de las dos encuestas? Lo primero que salta a la vista es que no coinciden en absoluto. Mientras que el público lector español está más bien acostumbrado a leer prosa rusa, el ruso, leyendo a autores extranjeros, se decanta por la poesía. Y, además, por la poesía romántica. ¿Será que el ruso es un romántico por naturaleza? Tal vez. Y tal vez por eso mismo, la idea del "alma" esté tan arraigada en su cultura (dicho sea al margen: algo debe haber en esa omnipresente "alma rusa" si desde siempre ha habido personas empeñadas en buscarla, encontrarla y definirla. A lo mejor, mis colegas aquí presentes, que han dedicado mucho tiempo a convivir con los escritos de los maestros rusos, nos desvelen parte de su misterio).

Dejando el alma a un lado, creo que gran parte de la divergencia en la percepción de las literaturas traducidas por parte de los alumnos encuestados no sólo se debe al gusto literario generalizado de uno u otro pueblo, sino también, y no en menor grado, al número —y a la calidad— de las traducciones. Y, tal vez en mayor grado aún, a la tradición literaria imperante en cada país.

Mientras España tiene una literatura asentada que hunde sus raíces —casi— en el túnel del tiempo, Rusia es, sin duda alguna, el "benjamín" literario de Europa: podemos hablar de una auténtica tradición literaria sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Hasta tal punto quedó interrumpida (por razones históricas) esa tradición que la —prácticamente— única obra-monumento de la literatura antigua, *El cantar del príncipe Igov* (del siglo xn y escrita en paleoeslavo), no se encontró hasta el reinado de Catalina II, y para poderla comprender, hubo que traducirla. (Y ya que hablamos del Siglo de las Luces, Gavrila Derzhavin, el más

grande poeta ruso clásico, es otra asignatura pendiente en el ámbito de las traducciones al español de la poesía rusa.)

Podemos atribuir a esa juventud el hecho de que en los siglos clásicos modernos los escritores rusos hicieran de aprendices en los talleres literarios europeos: al carecer de tradición propia y al hallarse en un suelo casi virgen, tenían que recurrir a modelos extranjeros (occidentales, para ser exactos) para dominar el arte de versificar. Y ¿qué mejor aprendizaje que la traducción?

Y así, por aportar unos ejemplos, Kantemir, traduciendo poesías polacas y francesas, introdujo en la poesía rusa el verso silábico; Lomonósov descubrió el verso tónico vertiendo al ruso obras alemanas; y Sumarókov, el poeta y dramaturgo ruso más insigne del período de transición entre el barroco y el clasicismo, aportó a las letras patrias un drama tan "originar" como *Hamlet*.

Tampoco deja de ser curioso el hecho de que la lírica moderna rusa nace a partir del momento en que el mencionado Derzhavin traduce una, a su vez, traducción alemana, en prosa, de un poema escrito en francés por el rey de Prusia.

Y ya en el siglo XIX, como he dicho antes, traducen todos los "pesos pesados" de la literatura patria: Zhukovski y Pushkin, Lérmontov y Koltsov, Fet y un largo etcétera, en lo que a la poesía se refiere, y la prosa se ve vertida al ruso por escritores de la talla de un Turguénev o

un Dostoievski, cosa que no quiere decir en absoluto que no haya habido traductores de Flaubert y de Balzac mucho mejores que los insignes novelistas citados. (Por cierto, en las traducciones al ruso se observa un fenómeno bastante generalizado que consiste en que las de la prosa salen mejor paradas cuando son obra de traductores profesionales, mientras que en la poesía asistimos a un fenómeno inverso, aunque tampoco todos cumplen esta regla: Zhukovski, por ejemplo, como creador de obra propia era uno más entre los muchos poetas de su generación, pero cuando se ponía a traducir, no tenía igual.)

Esta fructífera tradición de lo que podríamos llamar la "cultura de la traducción" será recogida por los creadores del siglo XX. De ahí que nombres tan fundamentales para la historia de la literatura rusa como Ajmátova y Pasternak, Tsvetáieva y Briússov, Lozinski y Marshak, Chukovski y Liubímov, Etkind y Mkrтчan, nos hayan legado auténticas joyas del arte de la traducción.

En la retahila de nombres que acabo de citar —siguiendo la muy loable tradición rusa—, no he hecho ninguna distinción entre escritores y traductores, como no la hacen la crítica y el público lector rusos, ni las instituciones culturales que velan por los creadores y su obra. ¿Qué opinan ustedes? ¿Creen que podemos extrapolar esta situación al mundo hispánico?